

guro de no despertarse ministro. Apellidos que jamás habían sonado estallaban como el trueno, como cohetes de lucería, con resplandor momentáneo y estrépito fugaz. Después, ó la noche los envolvía nuevamente, ó continuaba su fulguración, que de todo se han dado casos. Lo súbito se convertía en duradero. Lo improvisado se eternizaba. Hoy encuentran doble resistencia los ambiciosos. Avara, la muchedumbre cierra sus oídos y exagera sus escepticismos. ¿Qué vale ese? ¿Qué vale este otro? Poca cosa. Ya veremos...

* *

¿Hay espectáculo más instructivo que el de la paorosa desorganización del imperio ruso? No concibo, dentro del cuadro de la historia moderna, y á excepción del período de la *Commune*, serie de hechos que contenga tantas enseñanzas, tan clara doctrina. La disolución moral, y también material, de ese poder vasto y caótico, y el tremendo ataque de histero-epilepsia de la ciudad hambrienta y vencida, son tan significativos, que con sólo esos dos episodios podría escribirse voluminoso tratado de política, cuyas conclusiones serían muy semejantes á las del nunca envejecido y siempre admirable de Aristóteles, aquel enemigo de todo radicalismo, apóstol madrugador del gobierno templado ó constitucional (en lo cual le siguió Santo Tomás, que seguramente, si resucitase, reprobaba con severidad el régimen peligrosísimo de la autocracia).

Alejandro Dumas, padre—este nombre, después de los de Santo Tomás y Aristóteles, suena de un modo extraño,—escribió, al regresar de Rusia, que el descomunal imperio no era sino inmensa fachada, detrás de la cual no hay edificación habitable. El símil es de los que se graban en la imaginación, y siempre que he leído telegramas de Rusia, en esta última época especialmente, me he acordado de la frase del ameno viajero y novelista, y he visto la fachada inmensurable, alta como la «Muralla de los Siglos» de Hugo, pintoreada y dorada como las iconas que la raza adora y venera, resistente como las preocupaciones que imperan en el territorio..., y ocultando detrás de su masa, de su aparatoso esplendor, no la ausencia de edificio, sino la presencia de un abismo que da vértigo, abismo de atraso, de inmundicia administrativa, acaso una de las causas decisivas del próximo hundimiento de la fachada, que ya se agrieta y cruje.

Siempre que un régimen se inmoviliza, hay á su sombra intereses creados, que no le permiten variar, que consagran su inmovilidad, erigiéndola en dogma. No será por lealtad al desventurado tsar (que se encuentra abrumado de pena, agobiado de ansias, consumido de dolorosas inquietudes), por lo que parte de su familia, muchos de sus consejeros, le inducen á sostener un estado de cosas incapaz de resistir el fallo de la historia, de inspirar á los súbditos de Nicolás Romanof ese sentimiento que consolida las nacionalidades. Al contrario: según demuestra lo sucedido con el buque *Kniaz Potemkin*, lo debilita y anula. Si Nicolás Romanof (en forma eslava Nicolás Alexandrovitch) reflexiona y aviva el seso, si se entrega á esas fecundas meditaciones de los pastores de pueblos, de las cuales dimanar quizás las grandes transformaciones históricas, si el sentimiento de una catástrofe que se aproxima se impone á sus prejuicios de raza y de soberanía absoluta..., las instituciones políticas de Rusia variarán por completo.

Y no sé si aun así los problemas, los conflictos se resolverían. Rusia es demasiado extensa; es como esos cuerpos agigantados en que encuentran obstáculos las funciones vitales. Hará cosa de sesenta años, un concienzudo escritor, Chopin, que fué secretario de un príncipe y embajador ruso, escribió alarmado: «Si los recursos de este colosal imperio se desarrollan á proporción del incremento de su territorio, y la política de su gobierno no tropieza con imprevistos obstáculos, ¿quién puede vaticinar dónde se detendrá su poderío?» Más adelante agrega: «Leyendo atentamente la historia, se ve que desde hace siglos no ha variado la política moscovita.» Este carácter estático, y el empeño de ensanchar indefinidamente sus fronteras, de apoderarse de tierras que no civiliza, son realmente los rasgos distintivos de Rusia. No cambiar, adquirir, hacerse, no mejor y más culta, sino más material cada día, justificando la frase célebre: «Europa será republicana ó cosaca.»

Sí, hubo un tiempo en que los cosacos fueron el coco de Europa. Se diría que sus látigos vibraban y restallaban en todos los oídos, con amenaza feroz. Ya se está viendo de qué sirven los cosacos! Tenía razón Pedro el Grande cuando, ante la sepultura de Richelieu, exclamaba: «Te daría la mitad de mis Estados porque me enseñases á gobernar la otra.»

Así como en nuestro período agudo de desdichas, sin poder evitarlo, evocábamos el recuerdo del Cid, hoy, al disolverse Rusia, no podemos menos de acordarnos del que quiso organizarla fuerte y durablemente, á la europea. Pedro el Grande ha sido vencido, en el transcurso de los siglos, por su mujer Eudoxia Lapukine y por su hijo el zarevitch Alejo. No importa que repudiase á la primera, que la encerrase en un monasterio, que la hiciese azotar; no importa que al segundo lo amputase «como á un miembro gangrenado.» Partidarios el hijo y la esposa de la estabilidad absoluta de las viejas costumbres de la Rusia oriental é inmóvil, su espíritu, y no el de Pedro, que quería reformas, movimiento, adelanto, es el que ha prevalecido en Rusia y la ha traído al caso en que se encuentra.

* *

El paro general para protestar de la indiferencia con que miran los gobiernos el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, me parece, desde afuera y sin que yo siga asiduamente (por falta de ocasión y tiempo) la marcha de estas cuestiones sociales y económicas, una medida puesta en razón, una protesta lógica y justificada.

Mejor que las huelgas continuas, prolongadas, para exigencia de aumento de salario y reducción de horas, que dan por resultado el retraimiento del capital, la paralización del trabajo, la ruina de la industria, comprendo esta clase de peticiones, ó como se diría en Inglaterra, *claims*, porque todos sabemos que son los intermediarios, y los abusos que libremente cometen, lo que hace tan angustiosa la vida de las clases pobres.

Es decir, que ese mal tiene remedio posible, y sólo con atar corto á codicias y egoísmos, se remediarían en gran parte la carestía y la miseria.

Cuando la gente trabajadora no come, la salud da en quiebra; se desarrolla de un modo aterrador la tuberculosis; las generaciones se suceden fisiológicamente arruinadas, y el único capital del obrero, su vitalidad, es robado, no por burgueses ni patronos, sino por una especie de roedores, que también roen la existencia de la clase media semicomodada.

En casas que acaso vistas por fuera parecerán ricas, la carestía de las subsistencias trae también de la mano al médico, al aceite de hígado de bacalao, al hipofosfido de hierro; también allí las mejillas empalidecen, la tisis acecha, la estatura de los niños es menor de la normal, el organismo se depaupera, la sangre se liquida.

Si la mala vergüenza no se lo impidiese, ¡cuántos burgueses de alfiler en la corbata y reloj de oro en el bolsillo se unirían á los obreros para clamar contra el encarecimiento incesante de los artículos de primera necesidad, que ellos, los burgueses digo, se ven precisados más de una docena de veces al día á sacrificar á los de segunda!

El obrero, siquiera, no necesita «figurar,» terrible palabra. Pero el «señor» que no sabemos lo que señorea; el «caballero» infaliblemente sin caballo; la «señora» para quien es un logogrifo el balance entre los ingresos del sueldo del marido y los gastos que raída libreta consigna..., esos sí, esos sí que respirarán cuando sepan que la carne, el arroz, los garbanzos, el aceite, las patatas y el tocino se han bajado de las nubes...

* *

El eclipse de sol, según nos enteran los astrónomos, será perfectamente visible en España—en Oviedo, León, la Coruña, Zaragoza, Tortosa, Burgos, Mallorca, Valencia...—Tal espectáculo, que no deja de atraer á los curiosos, pareceme el que menos sensación puede causar aquí. A fe que con eclipses totales de sol debiéramos estar familiarizados. Nuestro sol, eclipsado al menos en 999 milésimas, no da señales de salir del cono de sombra y volver á refulgir como antes.

Y volviendo al sol que nos calienta, y que va á ocultarse el 30 de agosto tras un velo negro, diré que esas manchas recientes que se descubren en él son bastante alarmantes para nuestro globo. Si el sol da en denegrirse y esfacelarse, ¿qué suerte aguarda á la tierra? No hace falta gran perspicacia para inferirlo. Y aterra pensar, no en el propio aniquilamiento, que ese estaba descontado, sino en la desaparición total de lo adquirido por los hombres en tantos siglos, en la pérdida de obras de arte cuya idea nos parece inseparable de la de inmortalidad, pues no concebimos que sean perecederos ni la *Iliada*, ni el Apolo de Belvedere, ni la Victoria de Samotracia, ni la Gioconda, ni las Meninas...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estoy por cambiar el epígrafe y escribir «La muerte contemporánea;» porque, en verdad, desaparece tal cantidad de gente sonada y conocida, que cuando, á la hora de ponerse el sol, miro las anchas nubes rojizas que rayan el cielo de un verde cambiante y fluido, pareceme que revisten la forma de enormes guadañas. Actualmente, la preferencia de la segadora, su capricho, va hacia los políticos de talla; ha guadañado en poco tiempo á dos, que parecían destinados á larga vida y duradero influjo en los destinos del país. Ni Silvela, ni menos D. Raimundo Fernández Villaverde, daban señales de encontrarse en ese período de agotamiento de las fuerzas, de disminución de la energía vital, que casi siempre anuncia las enfermedades postreras. De Villaverde se hubiese dicho, según la frase expresiva de mi tierra, que «vendía salud.»

Por otra parte, ni Silvela ni Villaverde podían desempeñar el papel de *great old men*; casi les llamaría jóvenes para el ejercicio político. En este ejercicio, los vencedores, generalmente, tienen muy curtida la piel, muy duros los huesos. La ancianidad les rodea de aureola; son Nestores forrados en prudentes Ulises, como D. Eugenio Montero Ríos. Villaverde, á los cincuenta y siete, estaba llegando al cenit de su carrera, y le quedaba extenso porvenir, tela cortada para rato. Empezaban las gentes á darse cuenta de que, sin grandes condiciones para brillar, sin elocuencia fascinadora, sin arranques parlamentarios, este nuevo jefe de partido «sabía mucho de números» y era además un hombre de bien, de rectos propósitos y excelentes deseos, serio y sincero, laborioso y no tocado aún de escepticismo...

Sí; Villaverde no infundía odios sañudos; no le cercaba clamorosa popularidad; no conoció esas horas de triunfo artístico de un Maura ó un Moret. Hablo desde el punto de vista del público, del que no penetra en los pasillos del Congreso ni cabidea en los círculos de la política activa y personal.

Y las filas se aclaran, y el estado mayor se reduce, y la gente se pregunta: ¿Qué nuevas figuras surgirán? ¿Quién será consultado, de hoy más, en las crisis laboriosas en que se ha menester ocho ó diez hombres de talla indiscutible, que sucesivamente vayan entrando en palacio con aire preocupado, llevando un mundo de cavilaciones en lo sombrío del entrecejo, y vayan saliendo más téticos, más impenetrables que cuando entraron?

Acaso aparezcan prestigios, vayan abriéndose camino individualidades hoy en la penumbra, y que substituirán á las guadañas impensadamente... No es, sin embargo, nuestra época de esas en que se impone un nombre en cuarenta y ocho horas, como sucedía durante el período revolucionario. Era entonces la vida juego de sorpresas. Nadie estaba se-